

En carne viva

Columna por Héctor Rincón

La raza antioqueña no existe. Es una mentira grande, como, dijéramos, la piedra del Peñol que los antioqueños ancestrales dicen que es la más grande del mundo.

La raza antioqueña es una mentira que se inventaron próceres presumidos, inflados con ínfulas de vacía grandeza; un espejismo que escogieron los políticos de turno para agarrar pueblo. Una invención de locutores de vuelta a Colombia, de animadores de bazares parroquiales y de editorialistas grandilocuentes y de periodistas estrechos. Un embuste de narradores delirantes que hacen la ola en los estadios y de maestros de ceremonia de festivales de música guascarrilera en los que cantan esta noche las hermanitas Calle.

Si existiera en la dimensión que todos ellos la han inventado, sería una raza con mentalidad de mostrador y música de registradora; con una alcancía más grande que el corazón y un temperamento arbitrario, atarvanudo, con una estatura de nueve milímetros, un cerebro semi automático y un apodo barriobajero a la usanza de los malvados que nos desangraron y que nos desangran aún.

Lo que sí existe es una legión movida por invisibles hilos de supervivencia y de superación, que ha construido uno de los únicos sitios urbanos habitables de este país estanco. El único sitio colombiano donde y –además– sus habitantes ejercen de ciudadanos de primer mundo, porque los 29 kilómetros de Metro constituyen el único reducto primermundista de la patria medieval.

Nada ni nadie se ha quedado quieto en Medellín. Nada ni nadie. Contra las intimidaciones paralizantes y los augurios terminales, los últimos años han marcado un paso vertiginoso. Han crecido las ideas, han madurado los planes, se han movido las industrias y los comercios se han reproducido rápido como la amibiasis.

Hay investigadores en todas las disciplinas, posgrados, maestrías, teorías, teatreros, músicos a cántaros, poetas a raudales. Hay generosidades organizadas que hurgan los pesares colectivos, los diagnostican, los socorren, los preparan, los ponen a caminar por los senderos de la autoestima. Hay laboratorios de bioquímica donde desarrollan vacunas, centro biológico vanguardista en investigación de sida, núcleos de estudios genéticos, clínicas donde te cambian

De cada persona, dos son esquizofrénicas

el mango. Hay muchachas que corren como panteras negras por las pistas naranjas de los estadios de atletismo, campeones que se bañan en oro en las piscinas olímpicas, que se mecen mecen en las barras de la gimnasia y hay un Néider Morantes que es el nuevo lucero del balompié, cuyo juego es solo y en sí mismo una fiesta pública. Hay también cifras rojas que laceran de crímenes demoníacos y censos delincuenciales que pretenden asfixiar la vida, pero que forman parte de una realidad no exenta de malestares, lejana, muy, del paraíso terrenal.

Medellín se ha trabajado por dentro. Arduamente. Por convicciones de cuna y por protegerse de los estigmas que los ensombrecieron, sus pobladores se han dedicado todos estos años a trabajar en silencio, sin aspavientos. Un quehacer en el anonimato los ha arropado colectivamente, y salvo los bogoteños, proclives muchos de ellos a la figuración farandulera, no hay paisas que se queden quietos para la foto en el coctel donde la Ivonne nacional o local. No asisten. Mientras en la urbe capitalina el tiempo se les ha escurrido entre los dedos en la tediosa reiteración de sus fracasos ciudadanos, en la diatriba merecida contra el presidente en ascuas, en el regodeo con los disparates de *Poncho*, con las piernas de Viena, con la liviandad de *Julito* y el etcétera que imaginas, en estos otros lares se evalúan planes, se dan en el coco en conferencias sesudas, se rompen los muros de la infamia que dividen las realidades norte sur. ¡Ah!, y se siembran agapantos, y se sale de paseo por las cordilleras y se asolean en las fincas de las vegas de los ríos. Y bailan, claro que también.

Junio de 1997

De La Pringamosa

